

¿Cómo vive su condición el trabajador del hogar? En dos ensayos, separados por medio siglo, **Frank Victor Dawes** y **Cristina Sánchez-Andrade** dan voz a los protagonistas

Historias de criados: el servicio ya tiene quien le escriba

por **JUAN CLAUDIO DE RAMÓN** En un relato del Padre Brown, el misterio se resuelve cuando el agudo sacerdote detective deduce que, pese a afirmar los testigos «no haber visto a nadie» entrar en el lugar del crimen, alguien lo había hecho: el cartero, al que su condición subalterna había mantenido invisible. El mensaje de Chesterton está claro: la clase social influye en cómo se ve a las personas, e incluso en el hecho de ser o no ser vistas.

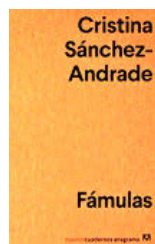
La trama es un poco forzada y funcionaría mejor si la persona «invisible» hubiera sido un sirviente o doncella. El servicio doméstico es la verdadera clase invisible y no cuesta imaginar que alguien diga «estoy solo» incluso si en ese momento otra persona, por general mujer y extranjera, se halla en su casa limpiando o cocinando. Dos libros sacan a los criados de esa injusta transparencia. El primero es un clásico de historia social, que *Periférica* ha traducido con esmero debido a Ángeles de los Santos: *Nunca delante de los criados: Retrato fiel de la vida arriba y abajo* de Frank Victor Dawes. Publicado en 1973, ya entonces abordaba un mundo desaparecido: el de la Inglaterra victoriana y eduardiana, quizá el momento y el lugar más clasista de la historia europea, con el que series de televisión como *Arriba y abajo* o *Downton Abbey* nos han familiarizado.

El poso nostálgico de esas ficciones no existe en el libro de Dawes, cuyo tono tampoco es de acritud. El autor, hijo de una criada, acierta al suponer que los testimonios que acopia de doncellas, lacayos, cocineras, gobernantas, mayordomos, tutores, niñeras y mozos de cuadra se sobran para causar un perturbador impacto en el lector educado en democracia. La extensión de las clases medias (ayudada por una alfabetización general que relevó la existencia a los humildes de otras oportunidades) desmanteló un mundo en que centenares de miles de personas se deslomaban en sótanos de mansiones antes de volver a la buhardilla a disponer para sí de los rescoldos del día, en la expresión de la inolvidable novela de Kazuo Ishiguro.

¿Desmanteló? Más bien redimensionó y desplazó. Por el lado de los empleadores, desde las casas solariegas a los chalés y apartamentos de las familias de clase alta y media-alta; por el lado de los empleados, de los estratos bajos de los países ricos a los inmigrantes, sobre todo mujeres, de los países pobres. Uno querría pensar que se trata de un sector ya plenamente humanizado. Le entran serias dudas tras leer *Fámulas* (Anagrama), ensayo de la narradora Cristina Sánchez-Andrade. Siguiendo el método de Svetlana Aleksíevich en *Voces de Chernobil*, la autora transcribe, a manera de monólogos, la histo-



FRANK VICTOR DAWES
NUNCA DELANTE DE LOS CRIADOS
Trad. de Ángeles de los Santos.
Periférica. 256 páginas. 18,50 €
Ebook: 11,50 €



CRISTINA SÁNCHEZ-ANDRADE
FÁMULAS
Anagrama. 112 páginas. 9,90 €
Ebook: 8,99 €

LOS DATOS DE LA PRECARIEDAD
El estudio 'Esenciales y sin derechos', publicado por Oxfam Intermón en 2021, calcula que en España hay más de 550.000 mujeres empleadas en el trabajo doméstico, el 32,5% de las cuales vive bajo el umbral de la pobreza y de las que un 15% cobra menos de 16 € al día. Además, el informe asegura que un 36% no cotiza, lo que supone para el Estado una pérdida de 820 millones de euros

ria de cinco empleadas del hogar en la España de hoy. Que los abusos tengan ya asilo en la ley no significa que las penalidades y las miserias hayan desaparecido. Drama común a ambas épocas es la pérdida, total o parcial, del hogar propio. En el caso de las criadas de Dawes, porque muchas eran separadas aún niñas de su familia para entrar al servicio de sus señores; en el caso de las de Sánchez-Andrade, por el extrañamiento de los propios hijos, que crecen a miles de kilómetros «perdiendo el amor de una».

Más de medio millón de mujeres en España son empleadas del hogar. Muchas sin contrato. Incluso si los derechos laborales se respetan, uno se pregunta si es una vida abocada a la tristeza. ¿Puede el hogar donde se trabaja ser un hogar, aunque no sea el propio? Más habitual será el resentimiento más o menos soterrado, tema presente en ambos libros. Pero no está excluido que la convivencia, si perdura, sea capaz de estrechar unos vínculos que ya no son, o no sólo son, de mera jerarquía.

La literatura explora cómo un criado puede sentir por su señor un cariño mayor que por algunos familiares. *La muerte de Iván Ilich* de Tolstói o *Misericordia* de Galdós son ejemplos. Alfonso Cuarón rinde homenaje en su película *Roma* a la persona que lo crió durante su infancia. Al año siguiente, Bong Joon-ho contaba la historia opuesta en *Parásitos*: en aquella cinta el rencor termina en matanza. Otro crimen inspiró a Jean Genet *Las criadas*, citada por Sánchez-Andrade en su prólogo, donde evoca también a la añorada empleada de su abuela. No se trata de dulcificar una realidad casi siempre penosa. A falta de apego, debe haber respeto. Dawes recoge el testimonio de una camarera de 1923: «No creo que a ninguna joven le importe el trabajo. Lo que les importa es ser ridiculizadas». Un siglo más tarde, en el libro de Sánchez-Andrade, la caboverdiana María Fátima se expresa con igual dignidad: «Trabajar no es humillante, lo humillante es cuando a una persona la tratan mal».

L